



Por ANTONIO BERNABEU

El enano descendía apresuradamente el declive, pero todavía mostraba su enorme cabezota recortada contra el horizonte rojizo de la atardecida.

—¡Madre!—gritó el niño revolviéndose en la yacija.

Sólo se oía la blanda caída del agua sobre la tierra y el golpe intermitente, seco, del goterón en el centro de la estancia.

—¡Madre! Se ha ido ya, se ha ido el enano.

Hubo un rumor de cuerpos humanos respirando profundamente, moviéndose con lentitud. Por la estrecha ventana, protegida con un trozo de arpillera, no se filtraba la más leve claridad. Fuera de la casa, un cielo anubarrado y fosco ahogaba el brillo de las luces de la ciudad que quedaba lejos, a un par de kilómetros de distancia. La oscuridad era total en la habitación.

—¿Dónde estará la vela?—murmuró la mujer con el sueño todavía trepidando en la voz.

—No vendrá más, ¿verdad, madre?—insistió el niño.

—No vendrá, no. Duerme, mi vida.

Encendió la vela; una luz amarillenta se esparció por las paredes, por los camastros, y rebrilló en el charco que había formado el goterón. Largos y oscuros churretones se dibujaban sobre el encajado de las paredes.

—Pon algo ahí, en la gotera. Se va a empapar todo—dijo el hombre desde la cama.

Había un olor a borra húmeda, a sótano, y el olor acre, espeso, de la fiebre. La mujer se acercó al camastro del niño. Tomó su cabeza con una mano mientras con la otra seguía sosteniendo la vela.

El pelo del niño era áspero. Ella lo sentía entre sus dedos como a un manojito de esparto.

El niño la miró con sus ojos entrecerrados. La respiración se le había acompasado y estaba más tranquilo.

—No te vayas—dijo.

—No, tú duerme. Mañana ya estarás bien.

La vela iluminaba las facciones

de la mujer; las profundas comisuras de los labios. Su barbilla proyectaba una sombra alargada sobre los pechos flácidos que asomaban por el vestido entreabierto. El goterón producía ahora un ruido metálico al caer dentro de la olla de aluminio.

El hombre se dio una vuelta en el jergón. Se le notaba inquieto, rebulléndose continuamente. Quedó con un brazo colgando y la mano rozándole en el suelo; la crispó sobre él arañándolo.

*Este niño es chiquito,
no tiene cuna,
su padre es carpintero,
le va a hacer una.*

Cantó la madre.

—Yo no quiero dormir, quiero que estés aquí, conmigo, toda la noche.

—Duerme y mañana estarás bien.

El hombre sentía un zumbido profundo en la cabeza. Llevaba muchos días así, intentando cocer sus propios pensamientos. Trataba de dominarse, de encontrar una salida, pero se encontraba cada vez más sumido en la impotencia y adivinaba que la hora del estallido estaba cerca, que pronto iba a saltar todo hecho pedruzcos.

La llama incierta de la vela iluminaba o ensombrecía los objetos con una rapidez mareante.

—Cuando estés bien nos iremos con tu padre a Alemania. Ya verás, mi vida. Iremos en un tren de humo y pasaremos por muchos campos y por las montañas.

—¿Y el mar, madre?

—También iremos al mar.

La mujer se volvió lentamente.

—Pedro —llamó—: ¿Hay mar en Alemania?

—No sé. ¡Dejarme!—gritó el hombre.

—Haremos hoyos y castillos en la arena.

«Tendré que decirselo», pensó el hombre. Apretó con fuerza los ojos y hundió la cabeza en la almohada, pero estaba demasiado nervioso para poder conciliar el sueño; tenía frío y aquel maldito goterón era como

un mazo, como un gigantesco mazo de batán que le machacaba con insistencia dentro de la cabeza.

—María—dijo a media voz.

—Calla.

—¿Se ha dormido?

—Sí.

—Apaga la vela y acuéstate.

Se oía la respiración agitada del niño y, fuera, la blanda, desesperante caída de la lluvia, como si un airecillo suave moviese las hojas de los árboles.

La mujer se metió en la cama. El hombre notó junto a sus piernas la frialdad de los pies de ella.

—Te vas a enfriar—dijo.

—Esto no puede seguir así.

Ella tenía los ojos muy abiertos, mirando hacia el techo sin ver nada en la oscuridad.

—Tienes razón —contestó el hombre—. No puede seguir así.

—Habrá que llevarle al médico.

—Yo también tendría que ir, pero habrá que pagar, ¿no? —gritó él—. Yo he buscado, tú lo sabes. Estoy dispuesto a matarme de trabajar, pero no es fácil.

—Aguantaremos como sea hasta que nos vayamos.

—Aguantaremos, aguantaremos. No tenemos ya nada que aguantar.

—Tal vez...

—¡No!—cortó él en seco.

Entraba mucho frío por el ventanuco. La mujer apretó su cuerpo contra el del hombre para sentir calor, pero el frío se le instaló en la espalda.

—María —gijó el hombre en un arranque—. No vamos a Alemania, no iremos a ninguna parte.

Ella notó el frío en la espalda más intensamente, el frío agarándosele con fuerza a la espina dorsal, paralizándola.

—¡No puede ser!

—Sí, María.

—¡No puede ser!—gritó ella más fuerte.

Luego quedó en un estado de laxitud. El sonido del goterón se le hizo cada vez más lejano y una especie de neblina le fue invadiendo, poco a poco, el cerebro.

—No te lo dije por lo del chico,

por no preocuparte más—hablaba el hombre.

Ella no contestó.

—No les valgo, ¿sabes? He hecho lo que he podido, he insistido. María, yo no tengo la culpa.

La respiración de la mujer se hizo ronca. El hombre sintió miedo, un miedo que arrancaba de las más hondas raíces. Rodeó el cuerpo de ella con el brazo.

—María—dijo.

La sacudió repetidamente, pero ella no contestó.

—¡María!

Ahora él la besaba en el cuello, en el pecho, furiosamente.

Notó la humedad de las lágrimas en los ojos de ella y sintió el golpe rítmico, creciente, de la sangre en los finos tabiques de las venas. Notaba nacerle, paso a paso, una fuerza, una rabia que se le iba extendiendo por todos los músculos.

Sentía la carne de la mujer entre sus brazos, su solidaridad con otra carne. Trató de concentrarse en lo más inmediato, en aquel pequeño mundo palpitante que era todo cuanto poseía. Inclinado sobre la mujer, le habló arrastrando las palabras:

—No, María, no nos iremos; tenemos que quedarnos aquí. No hay otro remedio que quedarnos y luchar.

Volcaba su aliento sobre la cara de ella comunicándole su calor.

El niño volvió a rebullirse.

—Ha vuelto el enano, madre—gimió.

La mujer se levantó otra vez de la cama, encendió la vela y se acercó hasta el niño.

—Duerme—le dijo.

—Pero no te vayas.

—No, mi vida. Mañana va a venir un hombre que le pegará al enano. Un hombre muy grande, muy grande.

—¿Traerá un pan, madre?

—Lo traerá.

—¿Redondo, madre?

—Sí, redondo.

Había cesado la lluvia y el silencio y la soledad eran más grandes.